



## XIII Concurso de Relatos Cortos

*“Memorias y Cuentos del Moncayo”*

Grisel, 2011

### PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL PUEBLO DE GRISEL:

Relato premiado: *“Un viaje de recuerdos”*.

Autor / a: **Cristina González Angós. Tarazona (Zaragoza).**

## UN VIAJE DE RECUERDOS

*Tampa, Florida, Estados Unidos, 2011*

Aquella mañana se levantó más cansada de lo normal. No había dormido muy bien pensando en el largo viaje que le esperaba. Más de siete mil kilómetros la separaban de la tierra que la había visto crecer y ahora regresaba esperando ser acogida por aquellos brazos que la mecieron en su más tierna infancia. Por suerte su familia le acompañaría y estaría allí en caso de que las cosas no saliesen como ella esperaba. Habían pasado tantos años, que casi no se acordaba de su rostro. Aquella sensación le producía un inmenso dolor en su corazón que siempre acababa en lágrimas. Pero aquella mañana, Mercedes no quería llorar, se sentía llena de gozo y alegría al pensar que en unas horas aquella larga espera habría terminado. Salió de su habitación y se dirigió al salón donde su marido y sus tres hijos la esperaban con paciencia. Ellos sabían que para ella había sido muy difícil tomar aquella decisión, tan difícil como la decisión que hace más de veinte años cambiaría el rumbo de su vida. Steven se levantó y fue a abrazarla. Le dio un beso en la mejilla y le susurró que todo saldría bien.

*Grisel, Zaragoza, España, 2011*

María yacía feliz en la vieja mecedora. Hacía ya rato que había ultimado los preparativos y ya no le quedaba más que esperar. Quizás esa espera fuese un

poco más larga, Mercedes la había llamado por la mañana para decirle que el avión salía con retraso. Llevaba años soñando con ese reencuentro. Desde que su hija se marchó no había pensado en otra cosa y lo único que la mantenía con vida era la ilusión de poder abrazarla de nuevo, de sentir el suave olor de su piel y decirle lo mucho que la había echado de menos. Dio un profundo suspiro y enseguida sujetó con sus frágiles dedos otra de las cuentas del rosario que había pertenecido a su hija y con el que ahora ella rezaba cada día. Las súplicas y plegarias que diariamente había rogado a la Virgen se habían convertido ahora en oración de gratitud. No era la primera vez que María confiaba en la misericordia de la Virgen y siempre había confiado en que tarde o temprano las aguas volverían a su cauce. Poco a poco sintió como el sueño le vencía y al fin se quedó traspuesta sumida en bellos recuerdos.

*Aeropuerto Internacional de Tampa, 2011*

Steven despertó cálidamente a Mercedes quien se había quedado traspuesta mientras esperaban la hora del embarque. Una azafata había anunciado su vuelo y había llegado la hora de subir al avión. Mercedes miró afable, esbozando una sonrisa a su marido y los dos caminaron hacia la puerta 17. Detrás los seguían María, Laura y Enrique quienes se lanzaron una mirada cómplice. Por fin habían conseguido que su madre se diese cuenta de que las cosas podían cambiar y confiaban en que aquel viaje al pueblo sirviese para devolverle la completa felicidad de la que un día se vio privada.

Ya sentados en el avión, una azafata comprobó que todos los pasajeros llevaban los cinturones de seguridad abrochados, los asientos estaban en posición vertical, las bandejas personales plegadas sobre el asiento próximo delante y los portaequipajes debidamente cerrados en su correspondiente ubicación. Las puertas se cerraron y uno de los auxiliares de vuelo se dispuso a darles una lección básica sobre qué hacer en caso de emergencia. Finalmente sintieron como el avión se elevaba y comenzaba su viaje rumbo a Grisel.

*Grisel, Zaragoza, España, Abril 1986*

El sol despuntó temprano en Grisel y los rayos atravesaron el delicado visillo que cubría el ventanuco de aquella habitación. Aquellos rayos prometían una espléndida mañana para celebrar el día de San Jorge. El olor de las culecas, los bollos y las magdalenas recién salidas del horno despertaron el apetito de Mercedes quien no tardó en bajar a la cocina donde su madre y su abuela estaban ya terminando la succulenta comida que más tarde compartirían con los demás miembros de la familia. Felisa miró dulcemente a su nieta y le ofreció uno de los bollos que acababa de hornear. ¿Pudiste descansar? – Le preguntó con una sonrisa en los labios. Si abuela. – Contestó puerilmente. – Estoy tan feliz. Sergio es el hombre de mi vida y dentro de tres meses ya nadie nos separará. Mercedes abrazó fuertemente a su abuela al mismo tiempo que la besaba. Habían estado siempre tan unidas que se sentía un poco triste al pensar que en unos meses ya no la vería con tanta frecuencia como hasta ahora. Sergio trabajaba en una fábrica textil en Tarazona y después de la boda, los dos se

marcharían a vivir allí. Tres kilómetros le parecían una eternidad pero sin duda, no eran nada comparado con lo que el destino le tenía preparado.

*Boston, Estados Unidos, abril 1986*

Los jardines de la Universidad de Medicina de Boston, Massachusetts, estaban abarrotados. Ciento cincuenta y nueve jóvenes, procedentes de distintos lugares y nacionalidades se habían dado cita allí con motivo de su graduación. Familiares y amigos aplaudían a los futuros médicos, que vestidos en túnicas granates y negros birretes, aguardaban impacientes a que les llegase el turno de recoger el fruto de su esfuerzo. Steven se encontraba entre aquellos jóvenes. Había pasado los dos últimos años trabajando duro para conseguir una plaza en el hospital infantil St. Joseph. Desde pequeño se había sentido atraído por esta profesión. Le apasionaba el mundo de la medicina tanto como el de los niños y vio esta salida profesional como un modo de realizarse. Pero este verano lo pasaría divirtiéndose en España a la vez que mejoraba su nivel de español. Muchas familias de habla hispana llegaban cada día al hospital infantil de Tampa fruto de las migraciones, especialmente procedentes de Cuba, y él quería estar a la altura para poder dialogar con aquellas familias. Consideraba que la labor del cirujano no acababa en el quirófano y que unas palabras de aliento a los familiares siempre levantaba el ánimo de aquellos.

Alberto había sido su compañero de habitación en la universidad durante el último año. Recibió una beca para especializarse en el cáncer y los problemas de la sangre en los niños en la Universidad general de Boston. Cuando llegó, se sintió bastante desorientado. Hasta entonces había estado estudiando en la Universidad de medicina de Zaragoza a ochenta kilómetros de Grisel, su pueblo natal. Enseguida conoció a Steven, quien hizo que su estancia al otro lado del Atlántico resultase inolvidable. Ahora contaba los días que faltaban para llegar a Grisel. Echaba de menos el olor del tomillo y la hierba buena cuando salía a pasear con su prima. Los saludos y las tertulias que a menudo mantenía con la gente del pueblo. Los bailes en la plaza y las tardes de vaquillas. Tan absorto en sus pensamientos estaba, que ni tan siquiera se dio cuenta cuando el rector de la Universidad decía su nombre para hacerle entrega del título que le facultaba para ejercer la medicina. Orgulloso con él en la mano, lanzó una mirada cómplice a su amigo Steven. Ahora ya podían emprender el viaje rumbo a España, a Grisel, a su tierra querida.

*Grisel, Zaragoza, España, Abril 1986*

El largo camino que había que seguir para ir de romería hasta la ermita de Samangos era un camino pedregoso . Por suerte, no había llovido en los últimos cinco días y el sol que había estado luciendo en su lugar, había tenido tiempo de hacer desaparecer los charcos que se formaban por el camino después de un buen aguacero. Mercedes caminaba a paso ligero al lado de Sergio. Sus padres iban por delante junto con los vecinos y amigos del pueblo y de vez en cuando la miraban con gesto inquisitivo, no les gustaba que se quedase rezagada con el que en unos meses sería su marido. La gente del pueblo era muy dada a las

habladurías y querían evitar precisamente ese tipo de chismorreos. Por fin llegaron a la peña desde donde se divisaba la pequeña pero hermosa ermita construida para venerar a la Virgen de las Mercedes. Diminutos como hormigas parecían los romeros más madrugadores que hacía ya rato habían llegado y ahora descansaban a la sombra de la única higuera situada a la derecha de la ermita esperando a que llegasen los demás.

La misa comenzó puntual. Había acudido más gente que en años anteriores y el párroco Don Jacinto, pronunció un sermón algo más largo que de costumbre. Le gustaba extenderse cuando tenía un público joven y numeroso y aquella le pareció la ocasión perfecta. Terminada la misa, regresaron con la virgen en procesión hasta la altura del “juego” donde se encontraron con la Virgen de la Huerta que había salido en otra procesión. Una vez realizadas las oportunas cortesías por los abanderados, la música comenzó a sonar acompañándoles hasta la plaza del pueblo donde el alcalde les deleitó con vino y pastas.

Madre, ¿has visto a Sergio? – Preguntó Mercedes con voz preocupada. – Hace ya diez minutos que fue a por un vaso de vino. Ay estos enamorados que no pueden vivir separados – le contestó su madre con ternura – seguramente estará por ahí hablando con algún amigo. Anda, ven conmigo, ¿a qué no sabes quién viene a comer? Dime madre – Contestó Mercedes con voz inquisitiva – A María se le dibujó una sonrisa en la cara y Mercedes no tardó en adivinar que se trataba de su primo. Era tal la emoción que sentía en su corazón que no pudo contener un grito de alegría. Tenía tantas ganas de verlo, tantas cosas que contarle. Alberto solo tenía cuatro años más que ella y siempre habían estado muy unidos. Cuando Alberto decidió marcharse a Estados Unidos a terminar la carrera de medicina, Mercedes se sintió muy sola. Poco después conoció a Sergio y..., todo fue tan rápido.

En casa, todo estaba preparado para celebrar el festejo. Además, ese año tenían un doble motivo: la vuelta de Alberto a casa. Habían preparado una gran mesa en el jardín a la sombra de los chopos para que todos estuviesen cómodos, querían dar una buena impresión al amigo de Alberto. Sobre la mesa se encontraban los exquisitos platos que con tanto esmero, las mujeres habían estado preparando: centros de tortilla de patata, huevos rellenos, buñuelos de bacalao, croquetas de jamón, de atún y de espinacas, apetitosas ensaladas aliñadas con vinagre de manzana y el centro preferido de Alberto y Mercedes, empanadillas de jamón y champiñones. Los hombres serían los encargados de asar las costillas, la panceta y la choriceta. Justo cuando Mercedes salía con los dos cestos llenos de trozos de pan hacia la mesa, sonó el timbre y la aldaba al mismo tiempo. No podía ser otro que su primo, Mercedes sonrió y se apresuró hacia la puerta dándole los cestos de pan a su prima que en ese momento salía al jardín con dos botellas de vino tinto. Ni la distancia ni el tiempo habían cambiado las costumbres de su primo y eso le aliviaba. Durante su ausencia, a menudo había temido que cuando volviese ya no fuera el mismo. Abrió la puerta y se abalanzó sobre Alberto quien le correspondió con el mismo ímpetu. Se miraron de arriba abajo el uno al otro como si estuviesen comprobando que todo seguía igual, que seguían siendo los mismos, y de nuevo se fundieron en

otro largo abrazo. Entre tanto, Steven los había estado observando. Alberto no había exagerado cuando le había hablado sobre su prima. Mercedes lucía una larga, abundante y sedosa melena negra como el azabache recogida en una coleta. Su cara radiante desprendía luz y dos ojos de un azul intenso como el mar dejaban adivinar la bondad de su ser. Bueno, me presentarás a tu amigo, ¿no? – preguntó Mercedes con voz risueña. Vaya, perdona, no me había dado cuenta. Este es Steven, el compañero del que te hablaba en las cartas. Estará con nosotros hasta finales de Agosto. – Exclamó Alberto con una amplia sonrisa. Encantada de conocerte – dijo Mercedes pausadamente y en voz alta dirigiéndose hacia Steven. Lo mismo digo. Alberto me ha hablado mucho de ti y, por lo que veo, ha sabido describirte muy bien– Respondió Steven en un español casi perfecto que dejó casi sin habla a Mercedes. Enseguida apareció el resto de la familia para recibir a los recién llegados y poco después, sentados ya alrededor de la mesa, charlaban unos y otros animadamente.

\*\*\*

La imagen que se podía contemplar desde lo alto del Monte la Diezma era espectacular. Al fondo se podía divisar el majestuoso Moncayo al que todavía le quedaban restos de nieve, señal del crudo invierno que habían tenido aquel año. Sergio contemplaba las diminutas casas que desde allí se veían y oía sin prestar atención la música que llegaba desde el pueblo. Le gustaba subir allí siempre que tenía algún problema y necesitaba pensar. Desde lo alto de aquel monte se sentía liberado de la pesada carga del día a día. El baile había comenzado y los mozos y mozas del pueblo no tardarían en acudir. Había prometido a Mercedes que iría a recogerla a su casa para llevarla al baile, sin embargo, tenía algo más urgente que hacer y era necesario terminarlo cuanto antes. Subió al coche que había dejado a un lado del camino y se dirigió hacia Tarazona. Vanesa lo esperaba junto a la fuente situada en el parque del Repolo. Era una chica esbelta de tez blanquecina y labios voluptuosos. Tenía una cara muy expresiva rodeada de rubios y rizados cabellos que le hacían parecerse a la mítica Marilyn Monroe. No es de extrañar que muchos hombres se sintiesen atraídos por tal belleza y Sergio no fue menos. Se conocieron en las fiestas de San Atilano hacía ya siete años. Estuvieron flirteando durante algún tiempo hasta que por fin comenzaron a salir en serio. Después, la relación se enfrió cuando Sergio conoció a otra mujer y Vanesa se enteró. Sin embargo no tardaron en reconciliarse. Parecían como dos imanes con polos opuestos que de vez en cuando se convertían irremediabilmente en iguales. A pesar de los devaneos de Sergio, Vanesa siempre caía rendida a sus brazos. Todo cambió cuando Sergio conoció a Mercedes, fue entonces cuando rompió su relación con ella definitivamente y no la volvió a ver hasta que el destino quiso unirlos y se volvieron a reencontrar en la misma fábrica donde Sergio llevaba trabajando ocho años. Al principio se sintieron tímidos el uno con el otro pero poco a poco los rescoldos del amor que años atrás se habían profesado salió a la superficie y fue imposible pararlo. Ahora Sergio estaba comprometido con Mercedes. De hecho, faltaba poco más de tres meses para la boda y no podía permitir que

nada de esto le hiciese daño a Mercedes. Estaba decidido a romper este absurdo y sentar definitivamente la cabeza. Sin embargo, las buenas intenciones se desvanecieron cuando vio aparecer a una radiante Vanesa envuelta en un vaporoso vestido de gasa malva conjuntado con una chaqueta del mismo tono. Los dos se fundieron en un delicado y tierno beso y Sergio olvidó por completo la promesa hecha a Mercedes.

\*\*\*

Habían pasado varias semanas desde la llegada de Alberto y Mercedes se sentía muy feliz de tenerle a su lado. Su amigo Steven le resultaba muy gracioso. Para él todo era novedad. La vida en el pueblo era bastante distinta de la vida que había dejado, por un tiempo, mil kilómetros atrás. Sin embargo, se había adaptado enseguida y acompañó a Alberto y Mercedes en todas las salidas. El pueblo no tenía grandes edificios o lugares que ofrecer pero tenía una historia que atraía por su singularidad. Steven se quedó maravillado al escuchar la historia que envolvía el Pozo de los Aines, asombrado al ver las ruinas del castillo que databan del siglo XIV o la arquitectura en la construcción de la Iglesia Parroquial. Una de las celebraciones que más le llamaron la atención fue la de San Isidro. Una pintoresca tradición que se celebraba adornando los tractores para ir en procesión y bendecir los campos, esperando que dieran buenos frutos. Pero sin duda, el dance le dejó extasiado. Jamás había visto a un grupo de hombres y mujeres bailando al mismo tiempo que golpeaban unos palos con otros. Otra de las cosas que llamaron su atención fue que, a diferencia de Tampa, su lugar de origen, aquí todas las tradiciones parecían tener una relación con la religión. Pero no solo él aprendió nuevas costumbres y modos de hacer las cosas. Mercedes disfrutaba de las historias que Steven le contaba sobre su estado, Florida, tierra descubierta y perteneciente a españoles hasta que en el año 1819 fue adquirida por los Estados Unidos.

Día tras día, la amistad entre Steven y Mercedes iba aumentando al mismo ritmo que decrecía, sin darse cuenta, los sentimientos de Sergio hacia ella. Ensimismada en las aventuras que su primo Alberto y Steven le contaban y todos los preparativos de la boda, Mercedes no se percataba del muro que crecía entre ellos. Ella amaba a Sergio por encima de todo y James, apenado se daba cuenta de ello. El tiempo pasaba y cada día estaba más enamorado de ella aunque sabía que su amor era imposible y no dispuesto a romper su felicidad, prefirió guardar silencio. Sus vacaciones terminarían pronto, justo al día siguiente de la boda y una vez que se fuera, todo habría terminado.

\*\*\*

Aquella mañana Mercedes se despertó temprano. Los nervios no la dejaron dormir bien. Al fin había llegado el gran día y todo tenía que salir perfecto. Retiró el visillo de la ventana y se asomó para ver qué tiempo hacía. El cielo empedrado anunciaba lluvia y eso la disgustó un poco, pero enseguida se le pasó cuando pensó en Sergio. La última semana habían pasado mucho tiempo

juntos preparando los detalles con que iban a obsequiar a los invitados, ultimando los detalles del menú, asistiendo a las reuniones con el párroco, eligiendo las canciones que la coral iba a cantar y las flores con que la iglesia estaría adornada, otra visita al fotógrafo que realizaría el reportaje y por último, preparando el viaje que al día siguiente de la boda iban a realizar. La noche anterior, los dos estaban entusiasmados y felices. Se despidieron con un cálido beso y se juraron una vez más amor eterno. El canto de la tuna la devolvió al mundo real. Los amigos de Sergio se habían vestido de tunos y con guitarras y bandurrias le dedicaron algunas coplas. La abuela de Mercedes, quien había madrugado y ya había horneado algunos bollos y magdalenas, salió a la calle para ofrecerles un poco de café con uno de esos bollos.

El tiempo apremiaba y Mercedes bajó a desayunar. En unos pocos minutos aparecería la peluquera y no quería hacerla esperar. Quería algo sencillo, un recogido que dejara al descubierto el cuello para que se viera el collar de perlas que su abuela le había regalado. El vestido, también sencillo, lo había comprado en una tienda de Tarazona donde le habían hecho algunos pequeños arreglos para ajustarlo a su figura. Por fin el reloj dio las doce, hora de ir a la iglesia. Llegaría cinco minutos con retraso para hacerle esperar al novio como mandaba la tradición. Cuando llegó a la iglesia, sintió que algo no iba bien. Alberto fue enseguida a recibirla y le dijo que esperase un poco, Sergio todavía no había llegado. Mercedes se sintió extrañada y disgustada al mismo tiempo. Temía que le hubiese pasado algo y le pidió a Alberto que fuera a su casa para comprobarlo. Los minutos se hacían interminables. Por fin llegó Alberto. Su cara no parecía muy feliz. Llevaba una carta en la mano. Sergio no va a venir. Su madre me ha dado esto para ti. – Le dijo con un hilo de voz que tan apenas pudo oírle. Mercedes cogió la carta y salió corriendo en dirección a su casa. Una vez dentro, abrió la carta esperando hallar una razón que justificase este comportamiento, sin embargo, lo que encontró fue un motivo por el que sentir un odio indómito hacia Sergio que nunca lo hubiese imaginado. Las lágrimas corrían por sus mejillas y nada ni nadie podían consolarla en aquel momento. Pidió que la dejaran sola, necesitaba pensar. Necesitaba reorganizar su vida y no sabía qué dirección tomar.

\*\*\*

Cuando se levantó a la mañana siguiente, tenía un insoportable dolor de cabeza. Le pareció oír a Alberto hablando con su madre y con su abuela en la cocina y se acordó de que James se marchaba esa misma mañana. Cuando bajó a la cocina, le dijeron que James ya se había marchado. Se quedó apenada, le hubiera gustado despedirse de él. Alberto la invitó a dar un paseo y Mercedes accedió. Necesitaba respirar aire fresco. Fueron hasta el mirador desde donde se podía divisar el pueblo entero. Alberto sacó un sobre que James le había dado para ella y se lo entregó. En la carta, James le declaraba el profundo amor que sentía hacia ella. También le decía que de no ser por lo que había pasado, jamás le hubiese escrito esta carta. Le invitaba a irse con él a Estados Unidos aunque solo fuese como amigos, por un tiempo. Cambiar de aires le vendría bien para

asimilar todo lo que había sucedido. A Mercedes esto le parecía una locura, pero empujado por Alberto, decidió lanzarse a la aventura. Quizás era ya hora de cambiar algunas cosas y en estos momentos, ella ya no tenía nada que perder. Sabía que sus padres no lo entenderían así que, escribió una carta explicándoles todo y sin más maleta que lo puesto corrió hacia el autobús donde James le esperaba.

*Grisel, Zaragoza, España, 2011*

María se despertó y miró el reloj. Había pasado ya un buen rato desde que se quedó traspuesta. No tardarían en llegar y se sentía nerviosa a la vez que impaciente. A los pocos minutos sonó el timbre y salió corriendo a abrir. Entonces apareció Alberto con Mercedes y su familia. María y Mercedes se miraron por unos instantes y se abrazaron entre lágrimas.